

Intelectuales, tecnócratas y cambio social en Chile: pasado, presente y perspectivas futuras

PATRICIO SILVA

País de letrados e ideólogos, de juristas y comunicadores, de legisladores e intelectuales que soñamos con imponer cada grupo o partido, cada escuela o secta, su propio “modelo de país”. País de escasa materialidad, bautizado mil veces por la palabra más que transformado por la mano y la máquina, país sacramental antes que productivo, de gestos y rituales más que de empresas e instrumentos.

José Joaquín Brunner¹

INTRODUCCIÓN

DURANTE LAS últimas tres décadas, la sociedad chilena se ha constituido en un verdadero laboratorio social, siendo testigo de la aplicación de diversos experimentos político-económicos. Durante el período señalado, Chile ha navegado por las aguas del liberalismo democrático (1958-1964), el reformismo demócrata cristiano (1964-1970) y el socialismo democrático (1970-1973), finalizando en el reciente proyecto de neoliberalismo autoritario (1973-1989). Tras el restablecimiento del régimen democrático en marzo de 1990, comienza a emerger un nuevo marco político-institucional, basado en un amplio consenso en el seno de la élite política chilena. Esta nueva estructura política, que llamaré *pluralismo pospopulista*, parecería constituir un proyecto de modernización social de largo aliento que persigue el logro (y el sostenimiento) del pluralismo democrático, el crecimiento económico y la eficacia de la acción gubernamental.

¿Pero quiénes han sido los arquitectos e ingenieros de las diversas construcciones político-sociales antes mencionadas? ¿Cuál ha sido el papel desempeñado por la *intelligentsia* en la formulación, difusión y aplicación de dichos proyectos sociales? En la literatura existente sobre el proceso político chileno son escasas las referencias explícitas ante estas interrogantes. Resulta así paradójico que en un país con

¹ José Joaquín Brunner, *Un espejo trizado: ensayos sobre cultura y políticas culturales*, FLACSO, Santiago, 1988, p. 61.

una trayectoria tan rica en experimentaciones político-ideológicas, hasta ahora se haya prestado tan poca atención al tema “*intelligentsia* y política”.

Esto guarda sin duda relación con el hecho de que la historia política contemporánea de Chile ha sido escrita por los mismos intelectuales. La gran mayoría de los analistas sociales han centrado su atención en los papeles políticos desempeñados por actores tales como empresarios, latifundistas, campesinos, pobladores, la Iglesia, los militares, etc., evitando una y otra vez la elaboración de un autoanálisis sobre su propio papel en los episodios políticos nacionales.

En el caso chileno, los intelectuales han sido indudablemente mucho más que meros escribanos, quienes desde una alta torre de marfil se han dedicado a poner sobre el papel lo que ocurría en los otros niveles de la sociedad. En mi opinión, ellos han constituido uno de los principales actores en los profundos cambios políticos y sociales acontecidos en Chile en las últimas tres décadas.

Este artículo tiene como objeto elaborar una interpretación preliminar sobre el papel desempeñado por la intelectualidad chilena en la formulación y conducción de los diversos proyectos políticos aplicados en el país desde los años sesenta hasta el presente.

Mi argumento es que junto al aumento del peso de los intelectuales en la política chilena, se observa en el tiempo una mutación en el *tipo* de intelectuales que se han destacado. Se ha dado una marcada alteración en el “equilibrio del poder” entre *intelectuales humanistas*,² y *tecnócratas*,³ en favor de estos últimos. Así, mientras que los primeros lograron destacarse en el período 1960-1973, los tecnócratas han obtenido a partir de 1973 una marcada hegemonía en el interior de los círculos intelectuales chilenos. Este cambio en la presencia entre ambos estamentos de la intelectualidad chilena ha quedado claramente reflejado en la hegemonía de dos disciplinas académicas, la sociología y la economía. De esta manera, se podría decir que si bien el primer período representó la “era de los sociólogos” el segundo ha inaugurado la “era de los economistas”.

En este artículo se subraya el hecho que la supremacía de los tecnócratas ha sobrevivido al neoliberalismo autoritario, e incluso se ha visto fortalecida dentro de las nuevas estructuras del pluralismo pospopulista. Sin embargo, pienso que existen importantes diferencias (tanto de forma como de contenido) entre la

² Para los fines de este artículo entiendo por intelectuales humanistas aquellos académicos y científicos sociales (en especial, los practicantes de la sociología, la ciencia política y la antropología social) encargados de la producción de ideas y símbolos de alcance social, quienes se manifiestan críticos ante el *statu quo*, y partidarios de grandes transformaciones sociales. En el caso chileno, los *intelectuales humanistas* se caracterizaron por sus posiciones de izquierda y por su activa participación en la política contingente. De aquí en adelante usaré en forma intercambiable los términos *intelectuales humanistas* e *intelectuales*.

³ Nos referimos a individuos con un alto nivel de entrenamiento académico especializado, particularmente en los terrenos de la economía y la ingeniería, que parten del principio de que la mayoría de los problemas de la sociedad pueden ser resueltos a través de métodos científicos y técnicos, y no a través de la política y la politización de la sociedad. Los llamados a resolver dichos problemas son los poseedores de dichos conocimientos científicos específicos, es decir, ellos mismos.

tecnocracia neoliberal y la actual tecnocracia que controla las políticas del gobierno democrático, las cuales merecen ser consideradas. Así, la continuidad de la hegemonía tecnocrática es sólo parcial. En mi opinión, la actual tecnocracia del régimen democrático constituye una forma híbrida de *tecnócratas-políticos*, cuya constitución tan sólo se vuelve evidente si el fenómeno se analiza tomando en consideración diversos acontecimientos clave en la historia política chilena de los últimos treinta años.

IDEOLOGÍA, LUCHA POLÍTICA Y EL ESTUDIO DE LAS ÉLITES TECNOCULTURALES EN CHILE

Hasta el día de hoy, el estudio de las élites políticas, culturales y burocráticas no ha encontrado en Chile un terreno fértil en el campo de la sociología política.⁴ Estudios clásicos como el de Encina (1911) y Edwards (1921) realizaron un profundo análisis sobre el reclutamiento y el funcionamiento de las élites gubernamentales y culturales del país, pero debido tal vez a sus posiciones conservadoras, no encontraron eco en las posteriores generaciones de científicos sociales.

A partir de los últimos años de la década de los sesenta aparece una serie de estudios muy puntuales acerca de las élites patronales, escritos al calor del enfrentamiento político-social de aquel entonces. Éste es el caso, por ejemplo, de los estudios de Arriagada (1970) y Gómez (1972), en donde se subraya el carácter oligárquico de las diversas organizaciones gremiales de los industriales y de los grandes propietarios de la tierra. Sin embargo, una y otra vez, se deja de lado el eventual estudio sobre el papel o función de los estamentos burocráticos e intelectuales en el proceso de cambios que vivía el país, convirtiéndose casi en un tema tabú.

La sistemática negación del estudio de las élites, seguramente guarda también relación con el rechazo por parte de los intelectuales chilenos (más bien por motivos ideológicos que académicos) de las teorías de las élites, formuladas por clásicos tales como Michels, Pareto y Mosca y de los posteriores aportes de Schumpeter y Mills.

En los pocos casos en que dichos autores son integrados en los estudios, llama la atención cómo cuidadosamente se deja de lado el tema del Estado y de los partidos políticos. Así, por ejemplo, en el ya mencionado estudio de Arriagada, el autor analiza el carácter oligárquico de las organizaciones patronales chilenas con ayuda de la "ley de hierro de la oligarquía" de Michels. Dicho autor, sin embargo, se referirá sólo en forma fugaz (pp. 13-14) al hecho de que Michels elaboró esa teoría, en primer lugar, para demostrar las tendencias oligárquicas dentro de los partidos políticos, por parte de sus dirigencias.

Pienso que aquí se encuentra una de las claves principales para comprender la escasa inclinación de los intelectuales chilenos por el estudio de las élites políticas

⁴ Esto, en marcado contraste con el tratamiento que se le ha dado al tema en otros países de la región, en donde sobresale el caso mexicano. Véase por ejemplo, Grindle, 1977; Smith, 1979; Camp, 1980.

y culturales. Como es sabido, el Estado chileno ha desempeñado un papel más que predominante en el desarrollo nacional a partir de los años treinta (Góngora, 1986). El carácter democrático del régimen político y la orientación populista de centroizquierda que caracterizó la mayor parte del llamado “Estado de compromiso”, facilitaron la integración de la *intelligentsia* al Estado (ministerios) y a la educación superior (universidades). Sin embargo, dicha integración fue fuertemente institucionalizada y canalizada por el sistema de los partidos políticos que firmemente entrelazaron a la sociedad civil con el Estado. Como diría De Riz, “La historia política chilena, como ninguna otra en la sociedad del Cono Sur, transcurrió con y a través de los partidos” (1989: 57). Esta realidad llevaría a Garretón (1981) a decir que los partidos políticos han constituido “la columna vertebral” de la sociedad chilena. Esta subordinación histórica de la intelectualidad ante los partidos políticos y el Estado, se debió, además, al convencimiento de tecnócratas e intelectuales de que el Estado y los partidos políticos constituían los principales instrumentos para llevar a cabo sus planes de reformas sociales. De ahí que —dentro de la realidad política específica de Chile— la necesidad planteada por Weber (1919) de mantener separadas la “vocación política” y la “vocación académica”, resultase un objetivo irrealizable. Todo esto debido a la ausencia en Chile de una tradición cultural que garantizara la diferenciación entre la práctica científica y la práctica política (Barrios y Brunner, 1988: 50).

El desarrollo de la tecnocracia chilena se encuentra íntimamente ligado a la evolución del Estado-empresario. Pinto se refiere de esta manera a la “tecnoburocracia pública”, que se encargó de diseñar las políticas de obras públicas e industrialización que se remontan a los años de Ibáñez (1927-31):

La administración de Ibáñez abrió la compuerta para el ascenso a primer plano de la tecnocracia ingenieril y administrativa, ahora más distante de sus troncos oligárquicos y más asentada en los estrados superiores de la clase media. En el lenguaje político-popolular de esos años se llamó los “cabros de Pablo Ramírez” al grupo de profesionales jóvenes reclutados principalmente por este ministro de Hacienda del período de Ibáñez (1985: 13).⁵

Sin embargo, la tecnocracia criolla tan sólo logró consolidar definitivamente su función estratégica en el interior del Estado tras la fundación de la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO) en 1939. Como señala Muñoz:

El papel histórico de la CORFO en Chile ha sido el de contribuir a la realización de un proyecto nacional de desarrollo y modernización (...) A través de una *élite* de técnicos, fue capaz de concebir y materializar progresivamente las diversas tareas específicas que imponía al proyecto nacional, la industrialización del país. Esas mismas tareas, a su vez, se convirtieron en la escuela práctica para el entrenamiento y experiencia de muchas generaciones de profesionistas altamente calificados para el desarrollo tecnológico y científico (...) (1982: 207).

⁵ No es posible evitar la tentación de establecer un paralelo entre estos “cabros de Pablo Ramírez” y los “cabros o *boys* de Sergio Castro”, bajo el régimen militar de Pinochet.

A medida que avanzaba el proceso de industrialización, se fue creando paralelamente a la tecnoburocracia pública una “tecnocracia privada” relacionada a los sectores empresariales.

Jorge Alessandri, ingeniero e industrial, se apoyó durante su gobierno (1958-1964) en la tecnocracia empresarial de la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA) y propició, a través de un discurso político tecnocrático, el fortalecimiento de la libre empresa y la reducción de la injerencia estatal en el país. Lo que se perseguía era crear un clima favorable para el fomento de la inversión de los empresarios nacionales y extranjeros, así como poner freno a la expansión del sector público.

El gobierno de Alessandri alentó a los sectores empresariales nacionales a aumentar la productividad y el grado de eficiencia en sus actividades productivas, pero esta apelación al espíritu schumpeteriano de los empresarios no encontró la acogida esperada. Esto se debió a que el empresariado nacional había surgido al amparo de la protección y el estímulo estatal durante el proceso de industrialización y poseía un comportamiento económico que no encuadraba con el enfoque tecnocrático y racionalista que abrigaba el proyecto alessandrista. Como lo expresó Moulian:

La protección estatal (restricciones a la importación, altos aranceles, franquicias tributarias y ventajas crediticias) hacía innecesaria una modernización porque preservaba artificialmente a la industria nacional. Por lo tanto, la modernización no se presentaba para los empresarios como un interés de clase inmediato, sino más bien como un proyecto que podría afectar esas posiciones de corto plazo (1983: 128).

El ensayo liberal de Alessandri —que pasaría a la historia como *la revolución de los gerentes* (Pinto, 1985: 33)— se vería finalmente frustrado como resultado de la fuerte y efectiva oposición en su contra por parte del movimiento sindical y de los partidos de izquierda.⁶

Así, nos encontramos a comienzos de la década de 1970 con un escenario político en donde el concepto “tecnocracia” posee una carga “política inmediata” muy fuerte y polémica en la discusión nacional. La visión tecnocrática fue muy criticada por la Democracia Cristiana y los partidos de izquierda, aunque al final tampoco contó con el apoyo de la derecha política. En este cuadro político específico y tomando en cuenta que las discusiones académicas en Chile seguían al pie los acontecimientos y “necesidades” políticas, el eventual estudio en aulas universitarias de la obra clásica de Burnham (1941), *The Managerial Revolution*, por sólo citar un ejemplo, fue en aquel entonces generalmente rechazado. Era la realidad contingente inmediata, y no la relevancia académica teórica-conceptual de algún fenómeno social específico, la que determinaba la aprobación o rechazo de diversos temas y debates académicos.

⁶ Este ensayo económico, a pesar de su corta y poco exitosa existencia, no pasó inadvertido por los tecnócratas neoliberales que posteriormente ejecutaron la política económica del régimen militar a partir de 1975. Éstos visualizaron la presión de la clase obrera y de los partidos de izquierda como una de las principales causas de su fracaso anterior. Según ellos, esto habría obligado a aplicar el programa en forma parcial y por un período demasiado corto.

Con la llegada al poder de la Democracia Cristiana en 1964, se inició en Chile lo que Góngora acertadamente ha llamado “la época de las planificaciones globales” (1986: 246). A partir de ese momento, prácticamente se dejó de hablar y de debatir acerca de aquella “tecnocracia”, que tan sólo unos años antes había producido tanta exaltación entre sus críticos; ya había dejado de tener utilidad en la lucha contingente y por lo tanto el fenómeno tecnocrático ya no preocupaba a nadie. Todo esto sucedió en un momento en que el poder de la tecnocracia justamente alcanzó niveles nunca antes vistos. Como señala De Riz:

La democracia cristiana combinó el encuentro de una élite tecnocrática con fuerzas de inspiración católica que anclaron sus raíces en el cristianismo social (1989: 60).⁷

Cientos de jóvenes tecnócratas democratacristianos (ingenieros civiles, agrónomos, economistas, etc.), apoyados por un nutrido grupo de intelectuales, se lanzaron a la tarea de llevar a cabo su “revolución en libertad”. La tecnoburocracia pública se amplió enormemente para ejecutar los ambiciosos planes de la reforma agraria, la “chilenización” de la gran minería del cobre y la creación de un gran número de empresas estatales y mixtas. El gobierno democratacristiano reclutó a gran número de sus tecnócratas en organismos internacionales con sede en Santiago (CEPAL, ILPES, etc.) y en el mundo universitario.

Algunos sectores intelectuales, inspirados en las doctrinas de Maritain, intentaron impulsar los principios del llamado “socialismo comunitario”. Los estudios sociológicos de aquel momento se centraron en los actores que representaban un obstáculo para el progreso social (los latifundistas en particular) y en los actores postergados de la sociedad chilena (los campesinos y marginales urbanos) que se integrarían al sistema político. De hecho, el proyecto de Frei encajaba plenamente en la estrategia estadounidense formulada en la “Alianza para el Progreso” que, a la vez, se apoyaba en los postulados de la teoría de la modernización de moda en aquel entonces en Estados Unidos (Almond y Coleman, 1960; Rostow, 1962). Sin embargo, en Chile los expositores de la teoría de la modernización no encontraron público entre los científicos sociales. Al contrario, sería fuertemente rechazada por su carácter “imperialista”, en un clima intelectual en donde la teoría de la dependencia fue hegemónica hasta el golpe de Estado de 1973 (Frank, 1967; Cardoso y Faletto, 1969).

Un gran número de intelectuales y tecnócratas de origen democratacristiano adoptaron a fines de la administración de Frei posiciones más de izquierda, haciendo posible su permanencia en cargos clave de la administración del Estado tras el triunfo de la Unidad Popular en 1970.⁸ La orientación populista y obrerista del gobierno de la Unidad Popular, unida al clima de “inflación ideológica”

⁷ Nótese que esta apreciación es reciente y que su autora es extranjera. En pleno gobierno de Frei un científico social chileno al servicio de algún organismo estatal o universitario difícilmente habría expresado que una élite “tecnocrática” desempeñaba un papel destacado en el bloque en el poder.

⁸ Llevando a la formación de nuevas organizaciones políticas, tales como el Movimiento de Acción Popular Unitario (MAPU) y posteriormente la Izquierda Cristiana (IC).

(Hirschman) que se generaría en dicho período, dificultaría aún más la realización de estudios académicos sobre el papel de los intelectuales en la formulación e instrumentación de la llamada “vía chilena al socialismo”.

En el discurso oficial se definía al gobierno como el gobierno del pueblo. Por lo tanto, todo estudio que subrayara el origen mesocrático de la clase política en el poder era visto con desconfianza por los sectores oficialistas (tanto políticos como intelectuales) e incluso aparecía como un acto hostil.

El tema de la “tecnocracia”, sólo *resucitó* tras el golpe militar de 1973. Nuevamente, al igual que durante el gobierno de Jorge Alessandri, se comenzó a criticar el carácter tecnocrático, y por ende elitista, del bloque en el poder. Los ciclos de “muerte y resurrección” de la temática tecnocrática en Chile parecerían así guardar una relación directa con la pregunta de si la *intelligentsia* de centroizquierda se encuentra o no al frente del aparato del Estado. De esta manera, el tema de la tecnocracia sólo resultó de utilidad política durante el gobierno de Alessandri (cuando la tecnocracia reformista aún no alcanzaba el poder) y en el período del régimen militar de Pinochet (cuando dicha tecnocracia fue desalojada del poder), mientras que prácticamente desapareció en el período 1964-1973, la llamada “época de las reformas” (cuando se encuentra en el poder) y en la actualidad bajo el gobierno de Aylwin (cuando retoma nuevamente sus posiciones de poder). Todo lo anterior ha ocurrido a pesar de que se trata de un fenómeno que desde 1960 se encuentra en ascenso.⁹

El tema de la tecnocracia fue retomado por O'Donnell (1973) en su influyente interpretación sobre los orígenes de los regímenes militares sudamericanos que surgieron en la región a partir del golpe militar de 1964 en Brasil. O'Donnell identifica a la tecnocracia civil como uno de los principales aliados de las fuerzas armadas en la “coalición golpista” y como ejecutores clave de las políticas de los regímenes militares en su intento por controlar y terminar con la crisis económica, política e institucional que precipitó dichos golpes de Estado (la llamada *crisis originaria*).

Sin embargo, en Chile la teoría de O'Donnell tampoco tuvo buena acogida en círculos intelectuales disidentes al régimen militar. Incluso fue rápidamente desechada bajo el argumento de que no sería válida para el caso específico del país. En especial, en lo referente a los objetivos de *profundización* del proceso de industrialización por parte de los militares, que según O'Donnell, fue un factor central en el cambio del régimen. Al contrario, el régimen militar chileno habría optado por

⁹ Esta verdadera manipulación del tema por parte de los intelectuales se asemeja al caso señalado por Angell (1988: 100-101) respecto a la tesis de la “crisis estructural” de la sociedad chilena. Cuando los tecnócratas neoliberales intentaron legitimar su programa de reformas con base en el argumento de que Chile se encontraba en una profunda crisis estructural, fue rechazada por los intelectuales disidentes (Tironi, 1984). Sin embargo, éstos realizaron *mutatis mutandis* un diagnóstico similar antes del ascenso al poder de la Democracia Cristiana para demostrar la necesidad de ejecutar grandes reformas estructurales (Ahumada, 1958; Pinto, 1959 y 1964). En forma similar, Hirschman (1979: 81-83) ha cuestionado la tesis sobre el supuesto “agotamiento de la etapa fácil” de industrialización a fines de los años cincuenta, catalogándola como una persuasiva invención intelectual.

la *desindustrialización* del país, destruyendo gran parte de la industria nacional (Gwynne, 1986). En mi opinión, la tesis de O'Donnell también fue rechazada por la importancia que da a la *crisis originaria* (desorden, crisis inflacionaria, etc.) que habría precedido al golpe de Estado, lo que política e incluso emocionalmente resultaba difícil de aceptar para muchos intelectuales chilenos. Así, como a menudo sucede, dicha interpretación fue rechazada *in toto*, dejándose también de lado el tema de la tecnocracia.

Incluso el propio O'Donnell en sus trabajos posteriores abandonó gradualmente el factor tecnocrático. Como nos recuerda Lehmann, el concepto "*autoritarismo burocrático*" de O'Donnell:

(...) fue acuñado originalmente para enfatizar la idea de una élite tecnocrática que se hacía del poder con la ayuda de los militares para fomentar el proceso de desarrollo que había sido impedido por las irracionalidades políticas; sin embargo, aquel elemento se ha diluido gradualmente de su definición original al pasar de los años (...) (1989: 197).

En el caso chileno, el tema de la tecnocracia no ha sido tratado dentro de la sociología política como un tema en *sí* separado. Incluso durante el período autoritario, cuando más atención se le prestó, las referencias al fenómeno tecnocrático han sido muy puntuales, desde un enfoque más bien *periodístico*. Esto último es válido tanto para la perspectiva apologética (Vial, 1981; Fontaine, 1989) como para la posición crítica (Délano y Translaviña, 1989).

En el caso de los trabajos netamente académicos, podemos constatar que en la mayoría de los casos, el fenómeno tecnocrático sólo es tocado *en passant*, en análisis más globales sobre la política económica neoliberal, sin detenerse en los *actores* (los tecnócratas), como un fenómeno político-sociológico (Foxley, 1982; Vergara, 1985).

DEL ASALTO AL CIELO AL ASALTO DE LA MONEDA: AUGE Y CAÍDA DE LA HEGEMONÍA HUMANISTA

Todo intento satisfactorio de explicación del marcado fortalecimiento de la posición de los tecnócratas en el interior de la sociedad chilena que se da a partir de 1973 hasta el momento actual, debe comenzar con un recuento crítico del papel de los intelectuales en el proceso de cambios sociopolíticos del período 1964-1973.

Pienso que los procesos de modernización social y de ampliación de las posibilidades educativas ocurridas a partir de la década de 1960 constituyen factores importantes en la explicación de este fenómeno. Como es obvio, no puede haber hegemonía tecnocrática sin la existencia de una masa significativa de tecnócratas, lo cual, a su vez, sólo es posible si existe un sistema de educación superior relativamente desarrollado. Si bien este factor educativo constituye una condición *sine qua non* para el auge de la tecnocracia, no es *en sí* suficiente. Tienen que darse además condiciones políticas, económicas e ideológicas adecuadas para su fortalecimiento.

Es evidente que en el caso chileno el proceso de modernización social y de expansión del aparato del Estado experimentado en el período 1964-1973 hizo posible el ascenso de una tecnocracia reformista que administró los aspectos técnicos de los proyectos sociales que estaban poniendo en práctica. Sin embargo, estos técnicos se encontraban *subordinados* a los intelectuales humanistas que delineaban el camino a seguir, basados principalmente en consideraciones político-ideológicas. Era el sociólogo y no el economista¹⁰ quien poseía el mayor público en los círculos gubernamentales.

El golpe militar y la destrucción de la democracia desalojó dramáticamente de su posición hegemónica (en el interior de la clase política) a los intelectuales humanistas, identificados en su gran mayoría con el régimen derrocado. Al mismo tiempo, el cambio de régimen político permitió (si bien no en forma inmediata) el ascenso y la hegemonía indiscutida de la tecnocracia neoliberal, representada por los *Chicago boys*.

Sin embargo, no creo que el golpe de Estado haya procurado por sí todas las condiciones necesarias para el fortalecimiento de la tecnocracia. Pienso que la llamada "inflación ideológica" producida en el período 1967-1973 también contribuyó definitivamente a cargar la balanza del poder entre los intelectuales humanistas y los tecnócratas en favor de estos últimos. Podemos constatar en retrospectiva, que no sólo los militares sino también importantes sectores de la población identificaron a los intelectuales humanistas (correcta o injustamente, no viene aquí al caso) como los protagonistas clave en la agitación de la lucha de clases y la exacerbación del conflicto social durante la "década de las reformas". La maquinaria ideológico-publicitaria del régimen militar se encargaría posteriormente de difundir la ecuación "intelectuales=agitación, política=caos".¹¹

Lo que sí es indiscutible es el hecho de que en la era de los grandes proyectos globales (1964-1973), las temáticas planteadas por los intelectuales, tales como el antiimperialismo, la liberación nacional, la lucha antioligárquica, la integración político-social de las masas, etc., dominaban la arena política. En el plano económico, en realidad no hubo grandes rupturas con el pasado. De hecho, lo que se produjo fue más bien una profundización del papel del Estado en la economía y en el proceso de industrialización a través de la sustitución de importaciones, constituyendo una suerte de "cepalismo radicalizado".

El carácter orgánico de la intelectualidad durante dicho período y su importancia en la definición del curso político-ideológico a seguir era minimizado por las autoridades, quienes deseaban subrayar su carácter popular. Este fenómeno parece darse en toda situación de cambios sociales radicales, donde dicha intelectualidad opera casi de manera invisible. Como lo afirma Gouldner:

¹⁰ Salvo aquellos economistas sociologizados, que escribían sobre temas con directa relevancia política y sociológica.

¹¹ Para un excelente análisis de los recursos discursivos utilizados por Pinochet durante su gobierno para desprestigiar al orden social existente antes del golpe de Estado, consúltese Munizaga, 1988.

En un proceso revolucionario, basado en la movilización de masas, la visibilidad del papel dirigente de los miembros de la intelectualidad es disonante con el énfasis populista, igualitario y comunitario del movimiento político. De allí que se produzca una fuerte presión por disfrazar, ignorar, negar o distorsionar la importancia de esta élite en movimientos de carácter revolucionario. En los procesos revolucionarios, el estamento intelectual ha sido una clase invisible (1979: 11).

Esta invisibilidad se producía más bien ante la ciudadanía, el grueso de la población, ante la cual poseía un prestigio relativamente bajo.¹² El prestigio de los intelectuales era elevado en el interior de la Democracia Cristiana y los partidos de izquierda. Sobre todo en estos últimos, el intelectual se imponía por su dominio del discurso y por sus profundos conocimientos de los clásicos del marxismo-leninismo y de la historia nacional y universal en general.

A partir de 1967 ocurre una fuerte polarización ideológica en las universidades. El papel de los sociólogos es entonces el de pensar la revolución y delinear el plan de asalto al cielo. La polarización y el conflicto ideológico se reflejan claramente en la pugna existente entre las dos principales casas de estudios superiores del país.¹³ Así, la Universidad de Chile representaba las banderas “progresistas” y la Universidad Católica, simbolizaba “el momiaje y la reacción criolla”.

Durante el régimen de Frei, el mercado laboral no-académico para sociólogos se amplió, especialmente en el sector público, el cual experimentó una fuerte expansión como resultado de las iniciativas reformistas del gobierno de la Democracia Cristiana.

Sobre todo a partir de la reforma universitaria de 1967 se dio un acelerado crecimiento de la matrícula en las carreras de ciencias sociales, produciendo un aumento explosivo de la oferta de “analistas sociales”. Las diferentes universidades aumentaron el número de profesores y se crearon nuevos institutos.¹⁴ Del total de egresados de las universidades chilenas en 1960 (2 175) el 8% provenía de las ciencias sociales. En 1970, de los 8 255 egresados el 18% correspondía a científicos sociales.

En torno al papel de los intelectuales humanistas en el proceso de inflación ideológica ocurrida durante el período de la Unidad Popular, Brunner y Barrios son categóricos. Me permitiré citarlos *in extenso*, debido a que su análisis es autobiográfico y constituye a mi parecer un importante aporte en el esfuerzo colectivo de autocrítica y de desmitificación del papel desempeñado durante el gobierno de Allende por la intelectualidad en general y de los sociólogos en particular.

¹² Muy característico y evidente es el hecho de que en Chile, al contrario de otros países latinoamericanos, los grados académicos (doctor, licenciado, etcétera) no son utilizados en el desempeño social cotidiano y no reportan mayor prestigio fuera de las aulas universitarias.

¹³ Agradezco a Alan Angell por señalarme este dualismo institucional en la lucha ideológica en Chile. Comunicación personal, diciembre de 1990.

¹⁴ Tales como el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN), el Centro de Estudios de la Planificación (CEPLAN) y el Centro de Estudios Sociales y Económicos (CESO).

Como indican estos autores, especialmente a partir del triunfo de la Unidad Popular se redefinió el papel del sociólogo. En un clima de fuerte efervescencia política, este nuevo papel se definió en términos de una militancia teórica y política en favor de la revolución.

[Se difunde] el modelo de sociólogo “militante”, cuyas armas son la crítica del campo y la valorización del discurso sociológico en términos del compromiso, el partido y el movimiento popular (...) El peso de estos intelectuales revolucionarios, “orgánicos”, se hace sentir en los medios de difusión y en los comités centrales de la revolución. Existe un gobierno popular, un proyecto de transición al socialismo y, por lo tanto, un amplio espacio para la función ideológica de los intelectuales y de los analistas sociales. Su palabra es escuchada, tomada en cuenta; en breve, valorizada dentro del mercado ideológico-político como nunca antes había ocurrido. Es el período de oro de los intelectuales progresistas (Brunner y Barrios, 1988: 80).

Ambos sociólogos señalan además la marcada interdependencia existente entre los intelectuales orgánicos y los sectores políticos que controlaban los recursos del Estado, en donde la universidad desempeñaba una función de puente.

La sociología adquiere patente revolucionaria y se legitima en la misma medida que da cuenta de su filiación progresista. Los sociólogos pierden en perfil profesional, lo que ganan en audiencia político partidaria. El Estado financia generosamente esta rápida transformación de la disciplina, a través de los presupuestos universitarios, y casi desaparece bajo esta hegemonía organizacional y de recursos de sociología no adscrita a las posiciones revolucionarias, de inspiración marxista y dependentista (...) El marxismo (...) provee en Chile el modelo conceptual para esta verdadera transfiguración de la sociología local, ligándola estrechamente al campo de la política y ofreciendo a los intelectuales un público (los partidos) que les exige reconocerse, en el límite, por su “mala conciencia” frente a los verdaderos portadores de la práctica y la teoría revolucionaria (los partidos). La universidad reformista, por su lado, forma y acoge a los hijos de la revolución, proporcionándoles puestos de trabajo, una remuneración suficiente, un clientela cautiva (los alumnos) y una caja de resonancia para sus teorías, interpretaciones y proposiciones (*ibid.*, p. 81).

Resulta irónico constatar que la misma crítica que los intelectuales humanistas formularían posteriormente a los tecnócratas neoliberales durante el régimen militar, referente a su arrogancia de creer poseer un “monopolio de la verdad”,¹⁵ de hecho, podría aplicarse a ellos mismos en el período 1967-1973. Al menos, si nos ceñimos a la siguiente evaluación de Brunner y Barrios:

¹⁵ Así, Vergara señalaba correctamente que “la divulgación del mito de la cientificidad absoluta de la política económica permit[í]ó a los intelectuales neoliberales negar la existencia de alternativas económicas y consagrar, de ese modo, cada una de las medidas adoptadas como las únicas válidas o factibles (...) Las críticas no serían más que el producto de la ignorancia o la defensa solapada de intereses particulares” (Vergara, 1985: 99).

Al señalarse el modelo económico neoliberal como la derivación de un saber absoluto de carácter científico, los tecnócratas neoliberales pretendía definir quiénes tendrían el derecho a emitir un juicio sobre la política económica. De esta manera, se deslegitimarían las opiniones y críticas de ciertos economistas no ligados al régimen militar y de figuras políticas y gremiales que no poseyeran ese saber de iniciados que constituiría la verdadera economía (Arias *et al.*, 1981: 174).

Ser sociólogo es, por unos años, equivalente a ser partisano. El sociólogo está llamado, sobre todo, a ser un intelectual en la tradición del “gran intelectual” ideólogo, aquel que tiene un saber en su totalidad, que conoce las claves secretas de la sociedad, sus leyes de desarrollo y sus niveles de conciencia falsa y verdadera. El especialista, por el contrario, aparece como un intelectual recortado, parcial, siempre expuesto a contaminarse con las ideologías dominantes: un empiricista estrecho, en fin, los intelectuales que la revolución ama son los erizos, no las zorras (*ibid.*, p. 82).

Así, José Antonio Viera-Gallo, protagonista de ese esfuerzo por cambiar la sociedad chilena y actual presidente de la Cámara de Diputados, recuerda:

Postulábamos la necesidad y la posibilidad de superar el carácter formal de la democracia (...) Esta crítica a la llamada democracia formal no tenía el propósito de destruirla, sino de hacerla avanzar (...) De hecho, al insistir sólo en los objetivos, dándoles un carácter absoluto, contribuíamos a debilitar las prácticas democráticas (...) No habíamos vivido la experiencia del autoritarismo (1986: 46-7).¹⁶

El asalto de la Moneda por las tropas golpistas, la muerte de Allende y el dramático fin del experimento de la Unidad Popular significó un amargo despertar de un sueño que parecía posible. Tanto el golpe como el período posterior traumatizó claramente la conciencia del intelectual. Había fracasado en su intento de llevar a la práctica la tesis undécima de Marx sobre Feuerbach. Aún más, no sólo se demostró incapaz de transformar al mundo, sino que además erró en su interpretación. El cielo era finalmente mucho más distante e inalcanzable de lo que en aquel entonces se pensaba.

LOS “CHICAGO BOYS” Y LA HEGEMONÍA TECNOCRÁTICA

Si bien el golpe militar de septiembre de 1973 puso fin a la hegemonía de los *intelectuales* de izquierda, este acontecimiento no condujo automáticamente al ascenso de los tecnócratas neoliberales.

En un comienzo, las más variadas tendencias de centro-derecha intentarían influir a los militares en la formulación y aplicación de su estrategia política, económica y social.

Hasta comienzos de 1975, el régimen militar buscó en la formulación del discurso político el apoyo ideológico de los *gremialistas*, quienes constituían uno de los pocos grupos de intelectuales de derecha con capacidad hegemónica. El hecho de que el régimen haya recurrido a la corriente gremialista obedeció a la capacidad de convocatoria que poseía este movimiento, lo que quedó claramente demostrado durante los últimos meses del gobierno de Allende, al convertirse en eje aglutinador de la oposición. Así, el régimen recurrió a la tradición más conservadora e

¹⁶ “Cualesquiera que sean nuestras ideas normativas sobre lo que debiera ser la democracia, lo que efectivamente llega a ser es un ‘sistema protector de la libertad individual’. No será éste un ideal entusiasmante (...) pero es el ideal que van redescubriendo quienes han tenido la mala suerte de vivir a merced de los déspotas” (Sartori, 1984: 326).

integrata del pensamiento cristiano, la cual permitía más que cualquier otra corriente en el interior de la derecha política, solidificar tan amplia alianza de sectores que habían apoyado el establecimiento del régimen militar (Vergara, 1985: 58-64).

Sin embargo, el gremialismo no poseía una estrategia *económica* viable, capaz de controlar los graves desequilibrios macroeconómicos existentes al momento del golpe. La urgencia misma de los problemas económicos creó al pasar de los meses un consenso en el interior del régimen militar y los grupos de apoyo más influyentes respecto de la necesidad de comenzar inmediatamente con una transformación ortodoxa del sistema económico vigente. Para esto, las recetas de los tecnócratas neoliberales empezaron a aparecer como las más apropiadas para enfrentar la crisis económica.

A partir de 1975, la tecnocracia neoliberal controló el equipo económico del gobierno y dio comienzo a la implantación de profundas reformas estructurales en el funcionamiento de la economía chilena, en el marco de un proceso de reestructuración capitalista cuyo objetivo era instaurar un régimen económico de libre mercado.

A partir de ese momento, la política económica se convirtió en el vértice principal de la política de gobierno, el cual adaptó su discurso político a las necesidades del modelo neoliberal.

La misión de los *Chicago boys* era legitimar la coexistencia de un liberalismo económico con un autoritarismo político. La existencia de una dictadura entregó a la tecnocracia neoliberal un campo de acción ilimitado en la reestructuración de las bases y el funcionamiento de la economía chilena y en el diseño de las tareas para los diferentes sectores productivos.

Por su parte, los mandos militares se encargaron de desarticular a las organizaciones políticas y sindicales de los sectores sociales, sobre los cuales recaería el peso del nuevo modelo de acumulación. De esta manera, el renacimiento del Estado en Chile se llevaría a cabo a través de un doble proceso de cambios en el terreno político y económico que se expresaría en la *privatización* de la economía y la *estatización* de la política.

El discurso legitimador empleado por el equipo económico en la tarea de justificar el remplazo del modelo de desarrollo anterior por uno basado en el libre funcionamiento de los mercados fue principalmente encauzado por medio de argumentos tecnocráticos que giraban alrededor de la obtención de una mayor eficiencia económica, que superaría la alegada ineficiencia e incapacidad del modelo de desarrollo anterior para solucionar la problemática económica del país.

Sin embargo, a medida que la instrumentación del modelo económico neoliberal redujo el grupo de sectores sociales beneficiados con el nuevo patrón de desarrollo, la relativa legitimidad inicial con que contaba el régimen militar comenzaba a erosionarse. Debido a esto, se dio la necesidad de elaborar un discurso legitimatorio renovado con elementos ideológicos que, por un lado, justificaran la supuesta

necesidad de mantener por un largo período el régimen de autoritarismo político y, por el otro, ofrecieran una propuesta viable que pudiese canalizar y dirigir las presiones que se producían en el interior del bloque en el poder.

Pero, ¿cómo justificar la extrema concentración del poder político en manos del régimen y la existencia de una represión político-social de carácter estructural? ¿Cómo resolver la contradicción básica del modelo político-económico vigente, el cual propiciaba la libertad económica necesaria para la existencia de un férreo autoritarismo político? Y frente al problema político central de largo plazo, ¿cómo hallar un sistema político-institucional que pudiera preservar la naturaleza del nuevo Estado y las relaciones de producción implantadas por el modelo económico neoliberal, aun en el caso de un cambio de gobierno?

Nuevamente los técnicos neoliberales fueron quienes, operando como intelectuales orgánicos netos, dieron una respuesta discursiva en un intento por congeniar el liberalismo económico con el autoritarismo político.

El núcleo central del discurso ideológico neoliberal, dirigido a la obtención de una coherencia conceptual en el intento de conciliación entre el liberalismo económico y el autoritarismo político, se basó principalmente en una revisión descalificadora del funcionamiento del sistema democrático en Chile durante el período del Estado de compromiso.

De esta forma, el dominio hegemónico de la tecnocracia neoliberal dejó de limitarse tan sólo al terreno económico, y se amplió a la formulación del discurso político y social oficial, sustentando esta posición hegemónica hasta la crisis económica del período 1981-1983.

El triunfo de los tecnócratas neoliberales dentro del bloque en el poder no sólo estuvo determinado por factores económicos de origen nacional e internacional (la crisis del petróleo, etc.) que acentuaron la radicalización de la política económica. Sin duda esto guarda también relación con las peculiaridades del equipo formado por los *Chicago boys*. Tanto simpatizantes como opositores al régimen militar reconocieron que este grupo de economistas neoliberales constituían el grupo más compacto del equipo económico, siendo a la vez el más disciplinado y el que tenía las ideas más claras respecto al tipo de modelo económico que el país debía seguir y la forma de instrumentarlo (O'Brien y Roddick, 1983: 49).

El liderazgo del equipo neoliberal se obtuvo tras un proceso de hegemonía interna en el seno del bloque en el poder, donde logró obtener un consenso activo de prácticamente todos los sectores empresariales y de las fuerzas armadas. Estos tecnócratas supieron presentar el carácter particular de los intereses de su política económica como algo en pro del "bien común", haciendo uso para ello de un discurso *universalista*. La política económica se empeñó en favorecer a la nación entera, sin discriminaciones de ningún tipo, velando por el interés general. Tanto su crítica al pasado, como la defensa de su política y la proyección de su modelo al futuro, se edificó por medio de mecanismos ideológicos que hacían referencia a principios de generalidad.

Lo que interesa subrayar aquí es que la posición hegemónica adquirida por los *Chicago boys* no sólo se debió a su mayor coherencia discursiva sino también a su capacidad real de transformar la sociedad chilena de acuerdo con sus postulados ideológicos. Así, por ejemplo, se fortalecieron en Chile las posiciones individualistas y competitivas en detrimento de las acciones colectivas. La estructura económica y social del país se transformó radicalmente en el lapso de un decenio, mientras que los conceptos *modernidad, eficiencia y eficacia* fueron asimilados incluso por los enemigos del régimen militar. La “revolución neoliberal” produjo así un proceso acelerado de modernización social que hizo más compleja la administración de la economía y del Estado. Esto último ha ido creando en Chile a partir de los primeros años de la década de 1980 una creciente demanda de personal especializado con conocimientos específicos, particularmente de carácter técnico-financiero y empresarial. La internacionalización de la economía y la modernización de la tecnología y las comunicaciones en el país crearon además la necesidad de poseer un número cada vez mayor de expertos en transacciones internacionales, informática y telecomunicaciones.

De esta manera, no fue el mero *discurso* tecnocrático sino más bien la *transformación y modernización real* de la sociedad chilena lo que ha fortalecido las posiciones tecnocráticas no sólo en el interior del gobierno, sino también en los demás niveles de la realidad nacional. La tecnocracia en Chile se ha hecho públicamente visible y se ha ido convirtiendo en un actor clave en el proceso de las transformaciones sociales.

LA PROFESIONALIZACIÓN DE LOS INTELECTUALES HUMANISTAS

Con el término del régimen militar y la restauración del régimen democrático no se reconstituyó en detrimento de la tan criticada tecnocracia la hegemonía de los *intelectuales humanistas* en los círculos interiores de gobierno. Es más, una parte importante de los *intelectuales humanistas* ni siquiera se planteó el objetivo de convertirse en actor clave del proceso de democratización.

Los motivos que llevaron a la adopción de esta actitud por parte de los *intelectuales humanistas* son bastante complejos, por lo que aquí sólo señalaremos algunos de los más importantes.

Primero habría que señalar la amarga sensación de “resaca” que produjo entre los intelectuales su activa participación en los acontecimientos nacionales durante el período (1964-1973). Un número no despreciable de intelectuales elaboró luego del golpe de Estado (tanto en Chile como en el exilio) una severa autocrítica de los errores cometidos en los planes del asalto al cielo, e incluso de la concepción misma del cielo, produciendo docenas de publicaciones de estudios retrospectivos. Por una parte, se criticaba la *hiperideologización* que imposibilitó la elaboración de un análisis realista de la correlación de fuerzas en el país y de las oportunidades

de éxito de un proyecto social minoritario; por otra, la sobrevaloración de lo político y la errónea desestimación de lo cultural, religioso y sobre todo, de lo económico-financiero. Con respecto a esto último, el fracaso económico de la Unidad Popular junto con el éxito relativo de las reformas económicas aplicadas por los *Chicago boys* convencieron definitivamente a muchos sociólogos chilenos de que es mejor dejar en manos de economistas especializados la administración de la economía y la solución de los problemas técnicos complejos del desarrollo económico.

Además, a partir de 1973 los *intelectuales humanistas* fueron perdiendo paulatinamente su identificación con las masas, volviéndose más académicos y adquiriendo cada vez más conciencia de sus *proprios* intereses como parte de la sociedad. Recordemos en este sentido la acotación de Mills, cuando señala el mayor grado de escolástica y desvinculación social de los intelectuales estadounidenses en comparación con sus contrapartes ingleses, ya que estos últimos históricamente desarrollaron vínculos más profundos con el movimiento obrero (Hal, 1976; Salamini, 1989). En este sentido, se podría decir que tras el golpe militar se llegó gradualmente de una situación “inglesa” a una “estadunidense”. Así, como lo expresó un sociólogo anónimo, tras el golpe de Estado:

“La intelectualidad de izquierda” (...) se fue transformando en la intelectualidad orgánica de la democracia y dejó de ser la intelectualidad orgánica de la clase trabajadora, y ello se debe a que la intelectualidad ha sido muy golpeada por la dictadura (citado en Barrios y Brunner, 1988: 62).¹⁷

La marcada academización experimentada por los intelectuales humanistas a partir de 1973 se fortaleció debido a diversos fenómenos directamente relacionados con el clima autoritario imperante en el país. Uno de ellos es el exilio que produjo la integración de muchos intelectuales chilenos en círculos académicos europeos y estadounidenses, donde adquirieron una actitud más profesional y menos mesiánica con respecto al ejercicio de la actividad científica (Angell y Carstairs, 1987). Así Arrate señaló:

Globalmente el exilio ha representado un proceso formativo a través del aprovechamiento de las oportunidades de educación formal o en el trabajo mismo. (...) Este hecho ha sido especialmente evidente en el número de estudiantes [y profesores] chilenos acogidos en universidades de gran calidad. En este sentido, paradójicamente, el exilio ha representado un inmenso programa de becas que el país jamás habría estado en condiciones de financiar. Chile dispone hoy de un conjunto de profesionales, técnicos y académicos de un nivel incomparablemente más alto que en el pasado. Entrenados en las universidades más avanzadas del mundo disponen hoy de un caudal de conocimientos, ideas y experiencias que constituye un capital colectivo potencialmente utilizable (Arrate, 1987: 108).

¹⁷ Dicho libro recoge las opiniones de una treintena de sociólogos chilenos. A pesar de la modernización experimentada por la sociología en Chile, es a mi juicio notable que aún sea necesario el anonimato para poder expresar libremente “opiniones académicas sobre los académicos”. Es evidente que el “análisis del *analista*” continúa siendo mal recibido entre los intelectuales chilenos, tal como lo es la lectura de manos entre gitanos.

Un número no despreciable de estos académicos ha regresado a Chile en los últimos años, lo que junto al aumento cuantitativo que también experimentó la educación superior en Chile, ha producido una situación que hasta ahora sólo era característica de naciones desarrolladas; una sobreoferta relativa de personal altamente calificado.¹⁸

La “lluvia de diplomados” ha producido en Chile una situación en que las calificaciones académicas y profesionales exigidas para el desempeño de una función de importancia han aumentado aceleradamente en los últimos diez años. Tanto en el sector público como en el privado se exige cada vez más poseer *conocimientos específicos*, los cuales deben estar directamente relacionados con la función a cumplir. Esto ha fortalecido los perfiles profesionales y ha acercado a muchos intelectuales humanistas a la adopción de actitudes meritocráticas, semejantes a las implantadas por la tecnocracia neoliberal.

Otro fenómeno importante que ha influido profundamente en la *academización* de los intelectuales humanistas ha sido el establecimiento tras el golpe de Estado de diversos Centros Académicos Independientes (CAI), como respuesta a la intervención militar de las universidades y la consiguiente “depuración” del personal académico de izquierda. Los CAI lograron retener en Chile a un gran número de intelectuales disidentes (dando trabajo a unos 300), quienes pudieron continuar sus actividades académicas en un clima de relativo “retiro espiritual” (en vista de la situación represiva que imperaba fuera de los muros de los institutos) que sin duda tuvo una influencia positiva en el nivel de producción. Los CAI fueron financiados casi exclusivamente por agencias internacionales de cooperación. Como señalan Brunner y Barrios, el financiamiento extranjero condicionó fuertemente el estilo de trabajo y la evolución académica de dichos centros. El financiamiento extranjero premiaba el rendimiento y la mayoría de los proyectos poseían tiempos de entrega bien definidos:

La máxima estadounidense del *publish or perish* tuvo en nuestro país una traducción adecuada: “el que no escribe no cobra”. Con ello aumentó la productividad y se desarrolló un estilo de investigación que premiaba las investigaciones de enfoque preciso (...). El mecanismo de la evaluación practicada por la agencia reforzaba las dinámicas de internalización puesto que los estándares de productividad aplicados tendían a ser importados, al igual que los criterios de evaluación de los productos de investigación (por ejemplo, el nivel de conocimiento de la literatura de punta, el uso de métodos aceptados o predominantes en el país del norte, la inscripción en los debates intelectuales de esas latitudes (Brunner y Barrios, 1987: 60).¹⁹

¹⁸ Es interesante en este sentido la acotación que hace Goulder referente a la sobreproducción de personal calificado en las sociedades modernas, que pienso que es también relevante para Chile: esta sobreproducción de “capital cultural” puede desembocar con el tiempo en un clima de frustración y alienación de los sectores de este sector que no ve posibilidades de encontrar un lugar adecuado en el tren de la modernización (Gouldner, 1979: 66-70).

¹⁹ En un poco conocido artículo, James Petras “acusó” a los académicos chilenos activos en los CAI, en términos marcadamente moralistas y emotivos, de entreguismo y venta al financiamiento extranjero, visto como una dimensión más del imperialismo (Petras, 1990).

Lo que es quizá más importante es el hecho de que el golpe militar produjo una ruptura histórica en la relación de dependencia de los intelectuales humanistas en el Estado. Durante los diecisiete años del régimen militar los intelectuales ya no dependían del Estado ni de la mediación directa de los partidos políticos (ante el Estado) para financiar sus actividades académicas. En otras palabras, lograron obtener una *autonomía* relativa ante los detentadores del poder, lo que en definitiva propiciaría el fortalecimiento de una actitud más profesional y académica que la existente en el período 1964-1973.

Paradójicamente, el restablecimiento de la democracia podría afectar el sostenimiento de dicha autonomía relativa ya que un número no despreciable de intelectuales humanistas pasaron a engrosar las filas estatales, ocupando diversos cargos gubernamentales. Sin embargo, muchos sólo trabajan medio tiempo, tratando de mantener parte de sus actividades intelectuales y de seguir participando en los debates académicos tanto nacionales como internacionales.²⁰ Al parecer otros decidieron continuar laborando exclusivamente en los institutos académicos independientes, realizando de vez en cuando asesorías para las autoridades de gobierno.²¹

LA HEGEMONÍA TECNOCRÁTICA EN EL POSPOPULISMO PLURALISTA: ¿HACIA UNA DEMOCRACIA SCHUMPETERIANA EN CHILE?

En un trabajo reciente señalé la existencia de una cierta *continuidad* entre el régimen militar y el nuevo gobierno democrático, referente a la orientación tecnocrática del proceso de toma de decisiones. Así, la posición estratégica que ocupó el equipo de tecnócratas de Chicago en el régimen militar, ahora en el gobierno de Aylwin estaría ocupada por el equipo de tecnócratas procedente del *think tank* demócratacristiano CIEPLAN. Las nuevas autoridades han adoptado además de manera relativamente rigurosa criterios meritocráticos para la selección de altos funcionarios de gobierno, quienes en general poseen altas calificaciones académicas obtenidas en el extranjero (Silva, 1991).

Sin embargo, es necesario señalar que si bien se observa una continuidad en la hegemonía tecnocrática y en la supremacía de los "individuos con conocimientos

²⁰ Para sólo mencionar un ejemplo, tenemos el caso de Ricardo French-Davis. Este destacado economista se desempeñó durante años como investigador de CIEPLAN. Tras la recuperación de la democracia, fue nombrado director de estudios del Banco Central; sin embargo, continúa participando activamente en círculos académicos extranjeros. Así, recientemente fue elegido miembro del consejo de la Latin American Studies Association (LASA). Por supuesto, podríamos mencionar una serie de casos semejantes.

²¹ Esta decisión se debió, en parte, al deseo de mantener su orientación académica, pero también estuvo influida por motivos de seguridad laboral: resulta arriesgado abandonar la posición de investigador en un ICA para formar parte de un equipo de gobierno que, en principio, sólo tendrá vigencia hasta 1994, cuando se instale el nuevo gobierno. Se trata de posiciones de carácter político y por lo tanto, muy inseguras.

técnicos específicos”, también existen importantes diferencias entre la tecnocracia que operó bajo el régimen militar y la tecnocracia que conduce la política económica del gobierno de Aylwin, que requieren mayor atención. Estas diferencias no sólo se deben a las diferencias en las orientaciones político-filosóficas entre ambos grupos, sino que además son el resultado de la transición de un régimen autoritario a uno democrático.

Algunos analistas del fenómeno tecnocrático como Meynaud (1969) y Putnam (1976, 1977) se han referido a la orientación no-democrática (o incluso marcadamente antidemocrática) de un gran número de tecnócratas. Ello se debe a que están convencidos de que los problemas sociales requieren de soluciones técnicas, ejecutadas por gente con conocimientos, y no de políticas erráticas que surgen de la presión de las masas sobre el aparato de Estado. En el caso chileno, el carácter elitista y antidemocrático de la tecnocracia neoliberal queda claramente reflejado en las siguientes palabras del entonces ministro de economía, Pablo Baraona:

Se debe construir una sociedad tecnificada, entendiendo por ésta una en que los más capaces tomen las decisiones técnicas para las cuales han sido entrenados (...) La nueva democracia deberá ser autoritaria en el sentido de que un conjunto de normas esenciales para la estabilidad del sistema no estén sujetas al proceso político (...) [Además deberá ser] tecnificada, en cuanto el sistema político no pueda decidir cuestiones técnicas sino limitarse a la dimensión valórica, otorgando a la tecnocracia la responsabilidad de utilizar procedimientos lógicos para resolver problemas y ofrecer soluciones alternativas (DIPRE, 1978: 305).

Lo que importa subrayar aquí es el hecho de que el ascenso y la permanencia de los *Chicago boys* en posiciones de poder se encontraba íntima e inseparablemente ligado a la existencia del *régimen dictatorial*. De ahí que la oposición orientara su acción política, no tanto en contra del principio tecnocrático sino más bien en contra del régimen autoritario y en favor de la recuperación de la democracia en el país. En el caso específico de Chile, la lucha entre dictadura y democracia resultó en la constitución de dos sectores tecnocráticos bien definidos (el oficialista y el disidente), que se combatirían mutuamente desde sus trincheras (ministerios, institutos privados, etc.). De esta manera, los tecnócratas de la oposición lucharon duramente contra los tecnócratas neoliberales, a menudo en términos académicos y técnicos (a través de artículos y libros), pero siempre levantando de una u otra manera la bandera de la democracia.

Este hecho *limitó* el grado de continuidad (sobre todo en lo que se refiere a los aspectos elitistas y antidemocráticos) que se dio en la orientación tecnocrática dentro del proceso de toma de decisiones. Para comenzar, la lucha antidictatorial, el tema de la democracia y la identificación con ésta conducirían a un importante fortalecimiento de la conciencia democrática entre los tecnócratas disidentes (ahora en el gobierno), puesto que el conflicto dictadura-democracia fue el punto central (si bien no siempre explícito) en las polémicas y discusiones con los *Chicago boys*.

Esto hace que el caso chileno (en donde se da un proceso de transición y de cambio de régimen político) no “encaje” bien en los estudios existentes sobre la tecnocracia. A saber, éstos consideran principalmente realidades sociales más o menos *consolidadas*, vistas desde una perspectiva prácticamente estática. Así, dichos estudios analizan por una parte sociedades capitalistas desarrolladas, principalmente en Europa occidental (p. ej., Dogan, 1975; Suleiman, 1978), y por otra, regímenes comunistas de la Europa Oriental (p. ej., Baylis, 1974; Konrád y Szelényi, 1979), que en aquellos años exhibían una aparente estabilidad política y social. En dichos estudios, *la tecnocracia* (asumiéndose que se trata de un cuerpo único) se alimenta del Estado y reproduce su poder de manera gradual, ascendente y prácticamente sin obstáculos.

En el caso chileno, como hemos visto, existe una tecnocracia disidente que a partir de marzo de 1990 asciende al poder, pero en el marco de la construcción de un régimen democrático. Es justamente este factor el que frena una posible expansión sin límites del poder de la tecnocracia postautoritaria.

La administración eficiente de la economía y el logro de un desarrollo económico sostenido se han convertido en objetivos centrales del gobierno democrático, lo cual, en sí mismo, fortalece la posición de economistas y expertos financieros en el “círculo interior” del poder. Esto acentuó la actuación económica, debido evidentemente al hecho de que las autoridades democráticas heredaron una economía relativamente moderna y exitosa.²² Este dato concreto fortaleció la conciencia en el interior de la antigua oposición (hoy gobierno) de que tras la reconquista de la democracia, se tendría que velar por sostener la estabilidad y el dinamismo de la economía chilena. En caso contrario, como se observaba en otras naciones de la región, las posibles complicaciones económicas podrían llevar a un clima de tensión política y social que amenazaría gravemente la consolidación del régimen democrático.

Sin embargo, las nuevas autoridades están también conscientes de además del mantenimiento de la estabilidad económica, el logro de un mayor grado de justicia social es de igual importancia para consolidar el orden democrático. Putman, refiriéndose al caso de Europa Occidental, señala que en el sistema de valores del tecnócrata no existe un compromiso ni tampoco el menor interés ante temas referentes a la distribución del ingreso y el logro de la justicia social (1977: 387). Sin embargo, en el caso de Chile, amplios sectores de la población experimentaron graves privaciones sociales durante el régimen militar, ya que más del 40% de los chilenos vivía en una situación de extrema pobreza. Así, durante la campaña electoral para las elecciones presidenciales de 1989 la Concertación de Partidos por la Democracia, la actual coalición gobernante, señaló el problema de la pobreza y de la justicia social como uno de los principales problemas que

²² De ahí que la propaganda pinochetista centrara todos sus esfuerzos en subrayar los logros económicos, lo que queda claramente reflejado en la elección del ministro de Hacienda, Hernán Büchi, como candidato oficial del régimen en las elecciones presidenciales de 1989.

aquejaban a la sociedad chilena, interpretando así un amplio clamor popular. De esta manera, fue la propia tecnocracia disidente la que, organizada en diversos *equipos técnicos*, desarrolló planes de distribución de ingresos (mediante reformas fiscales, subsidios, aumentos al sueldo mínimo, etc.) y de ataque frontal a la pobreza a través de planes de inversión social en los terrenos de educación, vivienda y salud pública, principalmente. Hasta el momento, el gobierno de la Concertación ha mantenido su compromiso con la lucha para reducir y finalmente eliminar la extrema pobreza en Chile.

Además de lo anterior, el cambio de régimen político también ha creado la necesidad de establecer una nueva ingeniería política de corte democrático y de reformas al cuerpo legal heredado de la dictadura. Esto ha tenido como resultado que también ciertos sectores provenientes de la intelectualidad tradicional, como los científicos políticos y juristas, hayan visto fortalecida su importancia política frente a la tecnocracia. Así, por ejemplo, en temas tan centrales en el Chile actual, como la cuestión de los derechos humanos (castigo a culpables, liberación de detenidos políticos, informe de la Comisión de Conciliación y Justicia, etc.) y la relación entre gobierno y fuerzas armadas (el problema Pinochet), la tecnocracia del equipo económico no ha desempeñado prácticamente papel alguno.

Más importante aún es el hecho de que la recuperación del orden democrático haya producido la inherente “rehabilitación” del *político*, tras 17 largos años de ausencia en el sistema de toma de decisiones. De esta manera, la actual tecnocracia gubernamental debe compartir en forma equitativa el poder con el sector político, y a veces en una clara posición de subordinación ante éste, como ocurre en el caso del presidente Aylwin. La actual tecnocracia ve además delimitado su radio de acción por las decisiones estratégicas adoptadas por sus respectivos partidos políticos y por las resoluciones del parlamento, donde el gobierno se ve obligado a llegar a acuerdos con sectores de la oposición para obtener el apoyo necesario a sus políticas. Es particularmente en este crucial aspecto del funcionamiento del orden democrático (la búsqueda de consenso con sectores opositores) donde *los políticos*²³ han demostrado ya repetidas veces sus especiales *dones artísticos* (pragmatismo, capacidad de conciliar lo irreconciliable, etc.) que la tecnocracia, casi por definición, simplemente no posee.

Otro punto que es necesario subrayar es que los límites que separan al *político* del *tecnócrata* no son tan manifiestos o absolutos como se da a entender algunas veces. En general, en la literatura existente en torno a las élites, se parte implícita-

²³ Cabe señalar aquí que también la clase política ha pasado por un marcado proceso de *academización*. En el antiguo régimen democrático, los políticos con ambiciones ministeriales y parlamentarias entraban en la carrera por las candidaturas, principalmente por medio de mítines populares y a través de encendidos discursos marcadamente populistas para mostrar (a sus partidos políticos) el “apoyo popular” con que contaban. La lucha por los liderazgos partidarios en el período de la reciente transición se dio más bien a través de *libros*. Cada político digno de respeto se apresuraba a sacar “su” libro (con un lanzamiento público en la casa editorial o instituto patrocinador y sobre todo con alguna cobertura periodística), para mostrar así sus conocimientos, intelecto y dotes de estadista.

mente de la base de que el *homo politicus* es una categoría completamente diferente o incluso antagónica a la del *homo technocraticus* (cf. Putnam, 1977: 387).

Sin embargo, creo que en el caso chileno, se puede observar en el tiempo un singular proceso de *metamorfosis*, en el cual individuos de orientación netamente *política* han ido adoptando paulatinamente un perfil cada vez más *tecnocrático*. Se produce así una evolución (o, si se quiere, degeneración) de *político* (en el período 1965-1975) a *tecnócrata* (entre 1980 y 1990), dándose en el período intermedio una transición de estilo. Así, por ejemplo, en las filas de la derecha, los sectores gremialistas que privilegiaban lo político-ideológico e incluso aborrecían en un comienzo la tecnocracia de Chicago, terminaron por asimilar completamente el discurso tecnocrático neoliberal (*vid.*, Vergara, 1985: 168-75).

Pero también en el bando de la antigua oposición (actualmente en el poder) se ha dado claramente una creciente tecnocratización que se refleja en su discurso político. Términos como “eficiencia”, “eficacia”, “capacidad”, “modernidad”, “crecimiento sostenido”, “estabilidad financiera” y “responsabilidad” caracterizan el instrumental conceptual de muchos dirigentes y parlamentarios de centro-izquierda. También han adoptado el discurso de la *generalidad* tan característico de los *Chicago boys*. Conceptos tales como “pueblo”, “popular”, “trabajadores”, “marginados” han sido remplazados por “ciudadanía”, “la población”, “los chilenos”, “nuestro país”, “nación” y “gente”.²⁴

Los tecnócratas del gobierno democrático no son tecnócratas *a secas*, sino más bien *tecnócratas-políticos* que defienden posiciones técnico-profesionales, pero siempre operando desde posiciones políticas (cf. Camp, 1985). Aún más, la lucha por la reconquista de la democracia les dejó en claro la importancia de la política y lo *político* en la realidad de la sociedad chilena. Así, destacados economistas como Alejandro Foxley, actual ministro de Hacienda, pasaron exitosamente de la elaboración de estudios estrictamente técnicos (cf. Foxley, 1982) al campo de la ciencia política, (cf. Foxley 1985).

Por otra parte, el llamado *proceso de renovación* experimentado en el seno del socialismo chileno constituyó, de hecho, una seria autocrítica a las tácticas y estrategias seguidas por los socialistas hasta el golpe militar y además, una manifiesta revaloración de las prácticas democráticas. Como lo señala Walker, la larga permanencia en Europa marcó definitivamente a la clase política en el exilio. Walker concluye en los siguientes términos: “Desde distintos países y experiencias vividas por un sector importante de la izquierda chilena en el exilio, lo que se va descubriendo son las raíces democráticas del socialismo de la Europa Occidental en su conjunto (...) Sin llegar a constituir un ‘modelo’ a seguir, el socialismo europeo influye decisivamente en el proceso de renovación de la izquierda chilena, en una dirección de reafirmación democrática” (Walker, 1988: 15). Esto es lo que

²⁴ Este nuevo enfoque universalista de la política (no dirigido a actores sociales específicos) quedó magistralmente reflejado en el lema seleccionado por la oposición en las elecciones presidenciales de 1989: “Con Aylwin gana la gente.”

los dirigentes de la izquierda chilena están dispuestos a reconocer en materia de “influencias europeo-occidentales”. Lo que no se dice —ya sea por razones políticas o simplemente porque no se está consciente de este fenómeno— es que la clase política chilena no sólo se vio fuertemente influida por la socialdemocracia europea, sino sobre todo, por los *sistemas políticos pluralistas* europeos.

A mediados de la década pasada, Cammack sugirió que el proceso de democratización en América Latina (que prácticamente se inauguraba en esos momentos) podría tener como resultado la adopción de una democracia de una naturaleza netamente schumpeteriana. Allí indica que el paralelo con Europa Occidental se da en la consciente decisión por parte de la clase política de poner límites a la participación ciudadana en materia política y a imponer un control elitista del proceso de decisiones gubernamentales (Cammack, 1985: 45). Pienso que la tesis de Cammack sobre la *schumpeterización* de las democracias latinoamericanas no fue acogida por los analistas políticos, en parte por ser considerada (dicha posibilidad) como poco “digerible” e indeseable. De hecho, Schumpeter y los *pluralistas* (Dahl, Macpherson, Sartori, etc.) han sido siempre considerados *personas non gratas* entre los politólogos y en los círculos político-partidarios latinoamericanos. Es muy curioso que en pleno período de reforma de las estructuras políticas y de ingeniería democrática, de Schumpeter (y mucho menos los postulados de su teoría democrática) ni siquiera se hable o se le saque a colación en el debate actual, a pesar de constituir la principal fuente teórica sobre la cual descansan las democracias euro-occidentales. Junto a esto, la tesis no fue mayormente acogida porque, al pasar el tiempo, las democracias brasileña, argentina y uruguaya (que sirvieron como base para el análisis de Cammack) demostrarían no poseer ni el empuje económico ni el consenso políticos necesarios entre la clase política para instaurar un sistema democrático “a la europea”. En aquel entonces, la dictadura de Pinochet experimentaba un claro fortalecimiento tras la crisis del período 1981-1983 y el retorno de la democracia parecía bastante inseguro.

Si bien la hipótesis de Cammack demostró ser (al menos hasta ahora) incorrecta para los tres países recién nombrados, pienso, sin embargo, que en Chile se pueden identificar claros signos que indicarían la orientación cada vez más schumpeteriana que está adoptando el orden democrático. Así, el concepto “democracia” tiende a perder en gran parte su connotación rousseauiana, cargada de aspiraciones participativas e igualitarias respecto al proceso de toma de decisiones. La visión schumpeteriana —en la cual la democracia es vista como un *método* para llegar a decisiones políticas y donde los ciudadanos se reservan el derecho de decidir por quiénes serán gobernados, a través de elecciones en donde diversas *élites* se disputan el voto del electorado (Schumpeter, 1976)— comienza, en los hechos, a ser *tácitamente* aceptada.

Tanto la derecha chilena como los sectores de centro e izquierda representados en la *Concertación*, parecerían haber abandonado definitivamente el estilo populista de “hacer política”. Hasta ahora, se ha buscado el consenso democrático en la

cúpula del sistema político (entre dirigentes máximos y altas autoridades de partidos de gobierno y de la oposición) evitando llevar los debates políticos “a la calle”. Se señala al parlamento y al gobierno como las únicas fuentes legítimas de poder en el proceso de toma de decisiones políticas y se rechaza resueltamente todo tipo de presión de fuerzas civiles a través de métodos “clásicos”, característicos de la política chilena en los últimos treinta años (encadenamiento, *tomas* de locales, protestas callejeras no autorizadas, huelgas con objetivos políticos, etc.). El gobierno se ve además en la necesidad de demostrar su *autoridad* ante la sociedad civil para evitar o contener una posible ola de demandas sociales y económicas tras 17 años de férrea dictadura, las cuales podrían poner en jaque la estabilidad económica y posteriormente la propia consolidación de la democracia en el país.

Al contrario de lo que ocurre en otros países de la región, la fortaleza del sistema de partidos políticos en Chile y su disciplina interna han posibilitado hasta el momento la toma de decisiones de carácter cupular en el interior de la clase política. Además, la tecnocratización del sistema político chileno no sólo ha avanzado más que en los demás países de la región, sino que además cuenta con un mayor respaldo tácito y explícito tanto en la clase política como de importantes sectores de la ciudadanía. El discurso de la modernidad es hegemónico, mientras que la exitosa transición política, la buena actuación económica y las prometedoras perspectivas de desarrollo económico sostenido para el futuro próximo han fortalecido las posiciones “conservadoras”, en el sentido de que no se desea correr riesgos en nuevos experimentos políticos, sociales y sobre todo, económicos.

¿Cuáles son las posibilidades de que la nueva democracia chilena genere gobiernos de corte cada vez más tecnocrático? Conuerdo con Bell cuando señala que, a pesar de la creciente *profesionalización* y *tecnocratización* que experimenta el proceso de toma de decisiones en las complejas sociedades contemporáneas, un gran número de decisiones no pueden dejarse en manos de criterios técnicos, sino que son y seguirán siendo de naturaleza valorativa y por ende dependiente de decisiones políticas (Bell, 1976: 364-367).

Finalmente, el aumento relativo del poder de *los tecnócratas* en el gobierno chileno no tiene por qué significar *per se* el aumento del poder de la *tecnocracia* como tal. Como lo afirmó correctamente Sartori (1984: 328-329), aun cuando gobernarán los hombres de ciencia, quedaría por demostrar que gobernarían como científicos. En tal caso, el gobierno seguiría siendo el gobierno de los políticos, si bien se convertiría cada vez más en un gobierno “orientado y reforzado por expertos”.

BIBLIOGRAFÍA

- Ahumada, Jorge (1958), *En vez de la miseria*, Santiago, Editorial del Pacífico.
- Almond, G. y J. Coleman (eds.) (1960), *The Politics of Development Areas*, Princenton, Princenton University Press.
- Angell, Alan (1988), "Some Problems in the Interpretation of Recent Chilean History", *Bulletin of Latin American Research*, vol. 7, núm. 1, pp. 91-108.
- Angell, Alan y Susan Carstairs (1987), "The Exile Question in Chilean Politics", *Third World Quarterly*, vol. 9, núm. 1, pp. 148-167.
- Arias, Raúl *et al.* (1981), "El monetarismo como ideología", *Economía de América Latina*, núm. 6 (primer semestre), pp. 159-176.
- Arrate, Jorge (1987), *Exilio: textos de denuncia y esperanza*, Santiago, Ediciones documentadas.
- Arriagada, Genaro (1970), *La oligarquía patronal chilena*, Santiago, Ediciones Nueva Universidad.
- Barrios, Alicia y José Joaquín Brunner (1988), *La sociología en Chile: instituciones y practicantes*, Santiago, FLACSO.
- Baylis, T. A. (1974), *The Technical Intelligentsia and the East German Elite*, Berkeley, University of California Press.
- Bell, Daniel (1976), *The Coming of Post-Industrial Society*, Nueva York, Basic Books [1973].
- Brunner, José Joaquín (1988), *Un espejo trizado: ensayos sobre cultura y políticas culturales*, Santiago, FLACSO.
- Burnham, James (1972), *The Managerial Revolution*, Westport, Greenwood Press [1941].
- Cammack, Paul (1985), "Democratization: A Review of the Issues", *Bulletin of Latin American Research*, vol. 4 núm. 2, pp. 39-46.
- Camp, Roderic A. (1980), *Mexico's Leaders: Their Education and Recruitment*, Tucson, The University of Arizona Press.
- Camp, Roderic A. (1985), "The Political Technocrat in Mexico and the Survival of the Political System", *Latin American Research Review*, vol. 20, núm. 1, pp. 97-117.
- Cardoso, F. H. y E. Faletto (1969), *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI Eds.
- Déllano, Manuel y Hugo Traslaviña (1989), *La herencia de los Chicago boys*, Santiago, Ediciones del Ornitórrinco.
- DIPRE [Dirección de Presupuesto] (1987) *Somos realmente independientes gracias al esfuerzo de todos los chilenos: documento de política económica*, Santiago, Ministerio de Hacienda.
- Dogan, M. (ed.) (1975), *The Mandarins of Western Europe: The Political Role of Top Civil Servants*, Nueva York, Sage/John Willey.
- Edwards, Alberto (1984), *La fronda aristocrática en Chile*, Santiago, Editorial Universitaria [1921].

- Encina, Francisco A. (1981), *Nuestra inferioridad económica: sus causas, sus consecuencias*, Santiago, Editorial Universitaria [1911].
- Fontaine, Arturo (1989), *La historia no contada de los economistas del presidente Pinochet*, Santiago, Editorial Zig-Zag.
- Foxley, Alejandro (1982), *Experimentos neoliberales en América Latina*, Santiago, Colección Estudios CIEPLAN.
- Foxley, Alejandro (1985), *Para una democracia estable*, Santiago, CIEPLAN.
- Frank, A. G. (1967), "Capitalism and Underdevelopment in Latin America", *Monthly Review Press*, Nueva York.
- Garretón, Manuel Antonio (1981), *El proceso político chileno*, Santiago, FLACSO.
- Gómez, Sergio (1972), *Los empresarios agrícolas*, Santiago, ICIRA.
- Góngora, Mario (1986), *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Santiago, Editorial Universitaria [1981].
- Gouldner, Alvin W. (1979), *The Future of Intellectuals and the Rise of the New Class*, Londres, Macmillan.
- Grindle, Merilee S. (1977), *Bureaucrats, Politicians, and Peasants in Mexico: A Case Study in Public Policy*, Berkeley, University of California Press.
- Gwynne, R. N. (1986), "The Deindustrialization of Chile, 1974-1984", *Bulletin of Latin American Research*, vol. 5, núm. 1, pp. 1-23.
- Hall, John A. (1976), "The Roles and Influence of Political Intellectuals: Tayney vs. Sidney Webb", *British Journal of Sociology*, núm. 3, septiembre, pp. 351-361.
- Hirschman, Albert (1979), "The Turn to Authoritarianism in Latin America and the Search for its Economic Determinants", D. Collier (ed.), *The New Authoritarianism in Latin America*, Princeton, Princeton University Press, pp. 61-98.
- Konrád, George e Ivan Szelényi (1979), *The Intellectuals on the Road to Class Power*, Nueva York, The Harvester Press.
- Lehmann, David (1989), "A Latin American Political Scientist: Guillermo O'Donnell", *Latin American Research Review*, vol. 24, núm. 2, pp. 187-200.
- Meynaud, Jacques (1969), *Technocracy*, Nueva York, Free Press.
- Mosca, Gaetano (1984), *La clase política*, México, Fondo de Cultura Económica [1896].
- Michels, Robert (1983), *Los partidos políticos*, Buenos Aires, Amorrortu Editores [1911].
- Mills, C. Wright (1956), *The Power Elite*, Nueva York, Oxford University Press.
- Moulian, Tomás (1983), *Democracia y socialismo en Chile*, Santiago, FLACSO.
- Moulian, Tomás y Pilar Vergara (1981), "Estado, ideología y políticas económicas en Chile: 1973-1978", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 43, núm. 2, abril-junio, pp. 845-903.
- Munizaga, Giselle (1988), *El discurso público de Pinochet: un análisis semiológico*, Santiago, CESOC/CENECA.

- Muñoz, Oscar (1982), "La CORFO y el desarrollo nacional", José Pablo Arellano *et al.*, *Modelo económico chileno: Trayectoria de una crítica*, Santiago, Editorial Aconcagua, pp. 205-207.
- O'Brien, Phil y Jackie Roddick (1983), *The Pinochet Decade: The Rise and Fall of the Chicago Boys*, Londres, Latin American Bureau.
- O'Donnell, Guillermo (1973), *Modernization and Bureaucratic Authoritarianism*, Berkeley, University of California, Institute of International Studies.
- Pareto, Vilfredo (1976), *Sociological Writings*, Oxford, Brasil Blackwell [1966].
- Petras, James (1990), "Metamorphosis of Latin America's Intellectuals", *Codesria Bulletin*, núm. 1, pp. 6-9 (Dakar).
- Pinto, Aníbal (1959), *Chile, un caso de desarrollo frustrado*, Santiago, Editorial Universitaria.
- Pinto, Aníbal (1964), *Chile, una economía difícil*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Pinto, Aníbal (1985), "Estado y gran empresa: de la *precisis* hasta el gobierno de Jorge Alessandri", Colección Estudios CIEPLAN, núm. 16, junio, pp. 5-40.
- Putnam, Robert D. (1976), *The Comparative Study of Political Elites*, Nueva Jersey, Englewood Cliffs.
- Putnam, Robert D. (1977), "Elite Transformation in Advanced Industrial Societies: An Empirical Assessment of the Theory of Technocracy", *Comparative Political Studies*, vol. 10, núm. 3, octubre, pp. 383-412.
- Rostow, W. (1962), *The Stage of Economic Growth*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Salamini, Leonardo (1989), "Intellectuals and Politics: From Marx to Berlinguer", *International Journal of Comparative Sociology*, vol. 30, núms. 3 y 4, pp. 139-158.
- Sartori, Giovanni (1984), *La política: lógica y método en las ciencias sociales*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Schumpeter, Joseph (1976), *Capitalism, Socialism and Democracy*, Nueva York, Harper & Row [1942].
- Silva, Patricio (1991), "Technocrats and Politics: From the Chicago Boys to the Cieplan Monks", *Journal of Latin American Studies*, vol. 23, núm. 2, mayo, pp. 385-410.
- Smith, Peter H. (1979), *Labyrinths of Power: Political Recruitment in Twentieth Century Mexico*, Princeton, Princeton University Press.
- Suleiman, E. H. (1978), *Elites in French Society*, Nueva Jersey, Princeton University Press.
- Tironi, Ernesto (1984), "Evolución socioeconómica de Chile antes del neoliberalismo: una reinterpretación", *Documento de Trabajo*, núm. 19, Santiago, CED.
- Vergara, Pilar (1985), *Auge y caída del neoliberalismo en Chile*, Santiago, FLACSO.
- Vial, Marisol (1981), "Chicago Boys: cómo llegaron al gobierno", *Qué Pasa*, núm. 548, octubre, pp. 22-29.

- Viera-Gallo, José Antonio (1986), "Crisis y reafirmación del ideario democrático: trayectoria de una generación", Ignacio Walker *et al.*, *Democracia en Chile*, Santiago, CIEPLAN, pp. 41-55.
- Weber, Max (1981), *El político y el científico*, Madrid, Alianza Editorial [1919].
- Walker, Ignacio (1988), "Un nuevo socialismo democrático para Chile", *Colección Estudios CIEPLAN*, núm. 24, junio, pp. 5-36.